

LA BANDERA

Los nuevos reclutas han jurado hoy la bandera. El acto ha revestido toda la solemnidad que, con plausible acierto, se le viene dando desde hace cinco o seis años, y aun acaso más, ya que hoy la proximidad de una conmemoración gloriosa aviva los sentimientos patrióticos del pueblo.

Después de la jura, en el brillante desfile, realizado por la esplendidez del día, pasaron ante los ojos de los concurrentes a la ceremonia las enseñas de los diferentes Cuerpos: el famoso pendón morado de Castilla, la bandera roja y guinda de la Infantería, la bandera morada de los Ingenieros, el estandarte carmesí de varios regimientos de Caballería... Y al ver tantas y tan distintas enseñas, seguramente no ha faltado quien se preguntase la razón de tanta diversidad.

Muchas veces al lector le habrá ocurrido lo mismo: ¿No constituyen los diferentes Cuerpos una sola entidad, el Ejército? ¿No representan todas las insignias una sola idea, la de la patria? ¿Por qué unas han de ostentar los colores nacionales y otras no? Para el profano resulta el hecho inexplicable, lo cual no es extraño, ya que los mismos técnicos no le encuentran justificación.

Desde pequeños aprendimos a venerar la bandera roja y amarilla, emblema de España; al recorrer en nuestra niñez las páginas de la Historia, impresionó nuestra imaginación la heroica leyenda según la cual Wifredo el Velloso, manejando con la sangre de sus heridas su escudo de oro, dió origen a la enseña nacional... ¿A qué conducen, pues, que signifiquen esas banderas moradas, blancas o carmesíes que usan determinados Cuerpos?

Hace poco tiempo, el erudito general D. Julián Suárez Inclán, académico de la Historia, publicó un interesante libro acerca de las «Banderas y estandartes de los Cuerpos militares». Este trabajo, realizado con gran copia de documentos, que proporcionan sólidas razones, demuestra que el uso de tan diversas insignias en nuestro Ejército, no solamente no resulta justificado, sino que carece de fundamento legal.

Hubo un tiempo en que la bandera no tenía otra significación que la de guía. Cada señor que levantaba tropas les daba la insignia más de su gusto. Sólo en tiempos de Felipe V empezó la bandera a ser el símbolo de la realeza y la nacionalidad a la vez, con lo que se inició la uniformidad de insignias en el Ejército español.

Continuando la orientación emprendida, y por necesidades del momento, Carlos III adoptó la bandera actual, dándosela, como enseña de guerra, a la Marina en 1785. Y es caso verdaderamente extraño, como observa el señor Suárez Inclán, que después de esa resolución no se unificasen inmediatamente las insignias de nuestras tropas, y que precisamente algunos Cuerpos de la Armada «usaran entonces, y sigan usando hoy, banderas moradas». Más aún; al principio del siglo XIX se crearon los Ingenieros, y, por Ordenanza de 14 de Octubre de 1803, se les dió bandera morada.

Empero, la conveniencia de la unificación hizo que cuando en 1821 fueron sustituidas transitoriamente las banderas por leones—imitación de las águilas francesas—, se dispuso que aquellos fueran todos iguales, designándose los Cuerpos sólo por pequeños detalles. En principio, la enseña única de la patria única estaba ya admitida, y sólo el apego de algunos regimientos a tradiciones que equivocadamente estimaron como signos de privilegio ó preferencia se oponía a su completa realización.

Y la unificación adquirió carácter legal en el decreto del Gobierno provisional dictado en 13 de Octubre de 1843, en que terminantemente se dispuso que «las banderas y estandartes de todos los Cuerpos é Institutos que componen el Ejército, la Armada y la Milicia Nacional serán iguales en colores a la bandera de guerra española, y colocados éstos por el mismo orden que lo están en ellas».

Este decreto, que lleva las firmas de D. Joaquín María López y del ministro de la Guerra, general Serrano, se cumplió muy poco tiempo. Los Ingenieros, amparados en su Ordenanza, reclamaron la bandera morada; otros Cuerpos volvieron por sus privilegios, reales ó ficticios; de modo que al poco tiempo volvieron las cosas a su estado anterior. Pero, para destruir todo motivo de reclamación, apareció en 19 de Marzo de 1871 un segundo decreto, más terminante aún que el primero, restableciendo las disposiciones de éste en todo su vigor y quedando derogadas—añade—todas las disposiciones que se opongan a lo preceptuado en dicho decreto». La Restauración todavía llegó a más; en 16 de Abril de 1875, el señor Cánovas del Castillo prohibió, por real decreto, el uso de condecoraciones en las banderas, fuera de las combatidas de San Fernando; y estos tres decretos son los vigentes en la materia, sin que ninguno haya sido derogado.

rogado, pues no tiene fuerza para ello un «reglamento» del Cuerpo de Ingenieros, dictado en 1886, en el que se determina que las banderas y estandartes de sus tropas sean de color morado.

El Sr. Suárez Inclán, fundado en estos antecedentes legales, quiere que las tropas lleven sólo la bandera encarnada y amarilla. En esta misma legislación trató de presentar a las Cortes una proposición de ley determinándolo así. Realmente, y como queda apuntado, no tiene justificación alguna el uso de insignias diferentes, pues aun admitiendo que existiese alguna remota disposición autorizándolo—y en la mayoría de los casos no existe—, el decreto de 1871 la deroga sin duda de ningún género.

Y no es necesario añadir que debe desaparecer asimismo el llamado pendón de Castilla. Demostrado está que Castilla jamás usó el color morado en bandera alguna. Antes bien, el rojo y el amarillo son los dos colores que más abolengo tienen en la heráldica española.

La diversidad de banderas a nada conduce. Si acaso, puede dar lugar a divisiones y recelos entre unos y otros Cuerpos y a debilitar el amor intenso que todos debemos sentir hacia la enseña de la patria. Fuera, pues, digno de aplauso que el ministro de la Guerra concluyese de una vez con tal anomalía, y, fundándose en los decretos citados de 1843, 1871 y 1875, hiciese que todos los Cuerpos llevasen como insignia únicamente la que estableció Carlos III.

Ocasión es la de hoy oportuna para fijarse en la cuestión. Los nuevos reclutas han jurado sus banderas, pero no todos la bandera de la patria. Y, como el Sr. Suárez Inclán hace notar, el hecho de jurar un soldado, de inteligencia poco cultivada, una bandera que acaso no ha visto en su vida, puede originarle una confusión de ideas grande; «quizá engendrar a la vez sentimientos poco favorables al concepto de unidad nacional».

No es, por consiguiente, cuestión baladí la de la unificación de la bandera. ¿Cómo ha de serlo, cuando se trata del símbolo de la patria! Si otras muchas razones no la aconsejaran, bastaría la sola previsión apuntada para imponer la desaparición de esas enseñas de insignias, más propias de heterogénea cohorte medieval que de ejército moderno. Hoy los reclutas han jurado las viejas banderas; que el año que viene puedan jurar la bandera única.

Ismael SANCHEZ ESTEVAN

En tercera plana:

LA FARMACIA Y LOS FARMACEUTICOS

ASUNTOS DE MARRUECOS

(POR TELÉGRAFO)

Datos de un combate

PARIS 29. Telegrafía el general D'Amade desde Ber Rechid, con fecha 26, dando los datos que había pedido el Gobierno acerca del combate del día 15.

Demuestra el jefe de las fuerzas francesas que efectuó normal el empleo de la artillería contra un núcleo de 3.000 combatientes.

Los franceses no cometieron desorden ni saqueo, recogiendo las mujeres, niños y ancianos que habían sido abandonados por los cabileños, y asimismo los rebeldes que se rindieron.

El general D'Amade mandó prender fuego a 3.000 tiendas, pero sólo como sanción de represión y a fin de evitar que los moros desfilasen que siguen las columnas se entregasen al pillaje.—Mar.

Noticias de Fez

TANGER 29. Un despacho enviado desde Fez, con fecha 23, dice: «Desde ayer, y por orden de Muley Hafid, las casas del Maghzen y sus funcionarios en Rabat están rodeadas de centinelas».

Sus moradores han sido desalojados, corrándose las casas.

Entre los propietarios figuran Taddoul Gharrit, gran visir; Ben Sliman, ministro de Negocios Extranjeros; Drrs Auch, caid de Mechnar; Cheikh El Yaz y Ad El Yaz, ministros de Hacienda; El Guebas, ministro de la Guerra; El Mokri, ministro de Gastos; Mohamed Mofaseb, y una docena de personajes importantes.

Varias tribus de los alrededores han recibido dinero y armas para socorrer a la cabila de Easis contra Abd el Aziz.

Informe del general Lyantey

PARIS 29. Anuncia el *Matin* que el Gobierno ha recibido un extenso informe del general Lyantey en el que éste propone, de acuerdo con el general D'Amade, un plan de medidas políticas y militares encaminadas a asegurar la pacificación de los Chaouis.

Según parece, dicho plan fué aprobado por el Gobierno, y las medidas previstas van a entrar dentro de poco en ejecución.—Mar.

Despachos de Casablanca

PARIS 29. Varios periódicos publican despachos de Casablanca diciendo que al llegar a Ber Rechid el general D'Amade, tomó el mando de una columna fuerte de 5.000 hombres, dirigiéndose hacia el Oeste con el propósito de llegar a la comarca ocupada por los Draks.—Mar.

Carta del Marabú.—Amenaza a Francia?

ORAN 29. Reproduce el *Echo de Orán* que el coronel Perron, comandante del puesto de Colomb Bechar, ha recibido, según parece una carta del Marabú, que mahda la charka, acompañada en Aïn Chaur, en la que éste le ordena que evacue Colomb Bechar, amenazándole con atacar a los franceses si no atendía su orden.—C.

EL ACTO DE HOY



LA JURA DE LA BANDERA

Con toda solemnidad se ha celebrado en la mañana de hoy la jura de la bandera por los nuevos reclutas.

La solemne fiesta militar ha resultado esplendorosa; el sol ha prestado gran animación al acto. Desde las primeras horas de la mañana todo Madrid rodaba por las calles para asistir en el Paseo de la Castellana, a la jura de la bandera, y a continuación del de María Cristina, la Sanidad.

Los reclutas vitoreaban a los reyes a su paso ante la tribuna.

Los infantes D. Carlos y D. Fernando desfilaron al frente de las tropas de su mando.

El público, admirado sinceramente la marcialidad de veteranos y bisños, y respetuosamente se descubría al paso de las banderas. En repetidas ocasiones ovacionaron con entusiasmo a los reyes, mostrándose en los comentarios el cariño que el pueblo siente a las personas reales y la admiración que la espléndida hermosura de doña Victoria produce.

Después de la misa, varios quintos, vestidos con el rigor del sol, sufrieron mareos sin importancia.

Salvo esto, no han ocurrido incidentes dignos de mención, terminando el desfile a la una y cuarto.

En provincias

Recibimos numerosos telegramas de nuestros corresponsales de provincias comunicando que la jura de la bandera se ha verificado sin incidentes y con igual solemnidad que en Madrid.

Por falta de espacio dejamos de insertar esos telegramas.

EL GRAN DUQUE BORIS EN MADRID

Conforme anticipábamos ayer, anoche tuvo lugar en Palacio el banquete en honor del gran duque Boris.

Su alteza y su séquito asistieron a la comida ostentando las condecoraciones que S. M. se había dignado concederles, y que son: el collar de Carlos III, a su alteza; la cruz de tercera clase del Mérito Militar al coronel Sergio Tomachewsky; cruces de primera clase de idéntica Orden a los oficiales Massalsky, Sourine, Gladun y Koube; y la cruz de Carlos III a D. M. de Schek, secretario particular de su alteza.

El rey llevaba el uniforme de coronel ruso, y sobre él la banda de San Andrés. Las reinas vestían trajes claros, con bandas y sobrias joyas.

Al servir el champagne inició los brindis S. M. el rey, pronunciando, en correcto francés, las siguientes palabras: «Su majestad el emperador de Rusia, augusto primo de V. A. I., ha querido atestiguar de nuevo sus sentimientos de afecto hacia mí y de cordialidad hacia España confiéndome el mando de su antiguo regimiento de Olviopol».

Acijo con orgullo mi nombramiento de coronel de tan ilustre Cuerpo, cuyo brillante pasado, la memoria de sus hazañas en la toma de Eno y en tantas otras ocasiones va a hallarse en lo sucesivo asociado a mi nombre.

A esa preciosa muestra de sus disposiciones, S. M. el emperador es servido de añadir además la designación de vuestra alteza ilustrísima y de los distinguidos oficiales que le acompañan para la misión que cumplen hoy en Madrid.

Vuestra alteza imperial encontrará en mí corte el recuerdo y la estimación que su padre el gran duque Vladimir acertó a dejar entre nosotros.

La insigne honra de que soy deudor a su majestad imperial es apreciada en su alto valor por mi país, que se siente por otra parte dichoso y enaltecido como yo, por contar ahora en las filas del Ejército nacional al soberano de Rusia, nuestra fiel amiga.

Invito a todos los aquí presentes a levantar sus copas por la ventura de vuestra alteza imperial. ¡Honra y salud a S. M. el emperador y a la emperatriz, a S. M. la emperatriz madre, a toda la familia imperial! ¡Que nuestros votos por la prosperidad del imperio, por la grandeza de su Ejército, por la inalterable amistad de las dos potencias, se realicen!».

El gran duque Boris contestó, en francés también, con las siguientes frases: «Señor: Profundamente me conmueven las palabras tan amables y cordiales que V. M. acaba de dirigirme; tendrán en Rusia—estoy seguro—el eco más simpático, porque, si bien alejado uno de otro, los corazones de nuestros países han latido al unísono.—V. M. lo sabe—muy a menudo».

Al cerrar la grata misión de presentar a V. M. sus calurosas felicitaciones

Burguet afirma después que, desconfiando de Rull en vista de sus repetidas informalidades, se lo manifestó así a Memento, quien a su vez declaró tener las mismas sospechas.

De este asunto trataron él y el «Navarro» en el domicilio del médico del gobernador civil Sr. Sanguet, y dicho señor les prometió dar cuenta de estas sospechas al Sr. Ossorio.

Indudablemente a esto se debe que Rull recibiera sólo 250 pesetas de las 500 pedidas.

Afirma que el Sr. Ossorio increpó a Rull, y niega que en su presencia Rull dijese al gobernador que dicha autoridad tenía la culpa de la explosión de la bomba en el Llano de la Boquería por no haberle dado más que la mitad de la cantidad solicitada.

Continúa afirmando que desde 1.º de Abril, en que cesó sus relaciones con Rull, no había vuelto a ver a éste, y que poco tiempo después fué con el «Navarro» al Centro de Estudios Sociales para manifestarles que se sospechaba de ellos por tener conocimiento de que las bombas no procedían de los anarquistas.

El fiscal le dice: Pues sabiendo usted esto, debe saber a quienes se suponía autores ó si era Rull u otros cualquiera.

El presidente dirige preguntas al declarante respecto a sus viajes a Villanueva, contestándole Burguet que sólo se limitó a acompañar a Rull, y que no ocurrió nada extraordinario.

Por último, Burguet dice que su presunción respecto a la intervención de los padres de Rull la dedujo por el solo hecho de ser sus padres, y que respecto a la intervención que el policía «Memento» tuviera en el asunto, lo ignora por completo. Se suspende la sesión a las dos en punto. Ha habido enorme concurrencia, siendo el orden completo. El lunes habrá sesiones por mañana y tarde.

Al paso de los coches que conducen a los acusados se agolpaba la multitud.—C. F.

Los hermanos Rull y Roig.—Dos conferencias

BARCELONA 29. Circula el rumor de que al llegar a la Cárcel Modelo, de regreso de la Audiencia, los hermanos Rull increparon a los hermanos Roig.

En el Ateneo Barcelonés ha dado una conferencia el Sr. Albó ante numerosa concurrencia.

El tema fué sobre las luchas actuales y combatió las escuelas neutras que se crean al amparo del presupuesto de cultura.

En el Centro de viajeros dió el señor Cambó su acostumbrada conferencia sobre las luchas actuales.

Asistió numerosa público.—C. F.

NOVEDADES TEATRALES

EN LA COMEDIA

Debut de Irene Alba

Continúa la lenta, pero continua, transformación de la compañía de la Comedia, y anoche debutó Irene Alba, uno de los más valiosos elementos conquistados por Tirso Escudero.

Útil es decir que debutó con excelente éxito. Irene Alba no hacía anoche sus primeras armas; tiene ya su cartel de gran actriz, y no eran las obras que anoche interpretó, «Pepita Reyes», «La zorra» y «El hotel Inglés», obras que pudieran oponerle el menor escollo para su triunfo.

El público aplaudió constantemente a la gran característica, que, por ese solo hecho, quedó consagrada en la compañía de la Comedia, y allí es seguro que hará campañas brillantísimas.

Así sea, y vaya un voto de gracias a Tirso Escudero, que con ese debut, y el de Nieves Suárez, que será pronto, ha completado una excelentísima compañía cómica, capaz de las mayores empresas.—A. M.

EN APOLO

B. T. L. Krueger

Como otros años, la empresa de Apolo ha tenido que pedir ahora auxilio a los números de «variétés» para alcanzar donde el ingenio de autores y actores no ha podido llegar.

El número es muy artístico, fué muy aplaudido y dará muchas entradas al teatro de Apolo, demasiado frío hace tiempo por falta de gracia de sus habituales proveedores.

Con el número figuraba en el programa el gracioso entremés «La casa de socorro», un poco demasiado gordo, pero que a lo menos distrae al público, y anoche fué muy reído y aplaudido al final.

UNA BOMBA EN NUEVA YORK

(POR TELÉGRAFO)

El autor herido

LONDRES 29. Dicen de Nueva York que, mientras se hallaban manifestando en la plaza de Unión un 10.000 «su trabajo» fué lanzada una bomba, que estalló con gran estrépito, matando a una persona é hiriendo a varias.

Se cree que el atentado iba dirigido contra la policía.

Uno de los heridos, cuyo estado es gravísimo, se supone que es el autor de la bomba. Después se ha averiguado que es el autor del atentado; se llama Silverstein; su estado es desesperado.

Fué herido al querer lanzar la bomba, pues ésta le estalló en las manos.—Dabor.

HOMENAJE A ESPRONCEDA

En los salones del Círculo del Ejército y la Armada se celebrará mañana lunes, a las nueve y media de su noche, una velada en honor a la memoria del ilustre vato, organizada por el Centro Extremeño de Madrid.

Se leerán poesías de los señores Santos Chocano, Marquina, del Val, Linare, Bocerra y Díez Canedo; disertarán sobre Espronceda la señora Jimeno de Flaquer y el Sr. Roso de Luna, y la señorita de Martos, nieta del poeta, leerá fragmentos del libro últimamente publicado por el Sr. Cortón.

Completan el programa de esta solemne discursos de los señores Bonilla y Gálvez Higuera, y números musicales interpretados por el Cuarteto Francés.

LA SEMANA LITERARIA

Desada, novela de D. Waldo A. Insúa. Mi bastón y otras cosas por el estilo, artículos de D. Antonio Palomero.

No hace mucho todavía hablábamos aquí mismo de un volumen de cuentos, «Alma nueva», original de D. Waldo Álvarez Insúa. Este volumen atrajo nuestra atención por razones muy diversas. En primer lugar, por ser de cuentos, pues conociendo de larga fecha al Sr. Álvarez Insúa y su producción literaria, teníamos por persona seria. El Sr. Álvarez Insúa cometió, allá en su juventud, ciertos pecadillos literarios que olvidó más tarde para entregarse al alto periodismo y a estudiar profundamente el Derecho, enriqueciendo de este modo las bibliotecas jurídicas con muy sesudos trabajos acerca de «La pena de muerte», «La prueba de testigos», etcétera, etc. Se nos figura que no cabe mayor prueba de seriedad que escribir acerca de tales cosas.

Y después de esto, cuando era de esperar que los años le trajeran mayor dosis de seriedad todavía, aparece en los escaparates de los libreros ese volumen de cuentos. Y ahora, tres meses más tarde, este otro volumen: «Desada». Nuestro asombro no tiene límites. El Sr. Álvarez Insúa renuncia, al parecer, de modo definitivo, a ser persona seria. Los tiempos de la juventud vuelven para él. Ya al hablar de «Alma nueva» reconocíamos el alto valor simbólico de este título. Ahora le felicitamos efusivamente. Na todos gozan de la excelsa facultad de volver a ser jóvenes después de haber sido viejos.

Otra de las razones que atrajeron nuestra atención sobre los cuentos del Sr. Álvarez Insúa fué una cierta falta de originalidad en algunos de sus asuntos. Tuvimos, al leer aquel librito, la impresión de no hallar en gran parte de él novedad. Conocíamos indudablemente algo de lo que allí se decía. Y así lo consignamos. El Sr. Álvarez Insúa protestó de tal imputación, y al protestar tuvo a bien explicarnos que si aquello nos parecía conocido, se debía indudablemente a que muchos de los cuentos habían sido publicados hace ya largos años en un periódico de la Habana. No desamos otra cosa que vernos convencidos de que todo es bueno. Así, pues, aceptamos la explicación del Sr. Álvarez Insúa, aunque, a decir verdad, no recordamos haber leído hace largos años, es decir, en nuestra más tierna infancia, ningún periódico de la Habana.

Y hoy nos asalta otra duda: ¿Dónde hemos leído una novela de asunto igual al de «Desada»? Apenas nos atrevemos a formular esta pregunta, temiendo que el Sr. Álvarez Insúa nos responda con una explicación semejante a la que dió para matar en nosotros todo impulso de creerle falta de originalidad. Aunque aquí no cabe tal explicación; la novela está fechada en Madrid y en 1907. Apuntemos, pues, tímidamente, que no nos era desconocido el asunto de «Desada» antes de que se publicara esta novela. ¡Los franceses son de tan maravillosa fecundidad, que han agotado el filón! El Sr. Álvarez Insúa no es culpable en este caso. Lo son los novelistas franceses, que no dejan ni un sólo asunto sin explotar.

Apuntemos también que el autor de «Desada» se siente transcendental en la primera parte del libro y se lanza a una larga serie de disquisiciones que quieren ser profundas y no pasan de una pesada vanidad. Las disertaciones filosóficas están siempre fuera de lugar en una novela. En «Desada» perjudican bastante a la amenidad, aunque, afortunadamente, todas ellas están reunidas en las primeras páginas. Salvado este escollo, el libro entretiene agradablemente; sobre todo, porque a lo largo de sus páginas se hacen varias alusiones a personas y sucesos conocidos, y porque gran parte de la acción se desarrolla en el palacio de Casa-Riera, palacio que compra un Sr. Remesar, especie de Koclette honrado.

Además, hay ahí personajes que merecen toda nuestra simpatía. Son buenos, nobles, generosos, y, sin embargo, la desgracia los persigue. Desada y Monroy se aman con uno de esos amores que sólo se ven en aquellas maravillosas historias románticas que llenaron de sentimentalismo nuestra juventud. ¿Cómo olvidar las desdichas de «Oscar y Armandas»! Debemos al Sr. Álvarez Insúa un profundo reconocimiento por haber despertado en nosotros, con la narración de los puros y tiernos amores de sus dos héroes, la memoria de aquellas horas de honda sentimentalidad.

Y, por último, anotaremos la decidida afición que muestra el Sr. Álvarez Insúa al automovilismo. En uno de sus cuentos se describía el suicidio del héroe valiéndose de un automóvil de 60 HP. En «Desada», Remesar camina también hacia el suicidio en otro 60 HP. La carrera se hace de noche y a ciento veinte kilómetros por hora. Se nos figura excesiva esta velocidad. Cultivando

la, el pobre Remesar no hubiera tenido necesidad de pegarse un tiro.

Hemos quedado en que el Sr. Palomero es un humorista. Convergamos ahora en que de los dos componentes fundamentales del humorismo, el que domina en el Sr. Palomero es el sentimentalismo. Antes que nada, el señor Palomero es un sentimental del género de los tórnos. El Sr. Palomero apenas se indigna y raramente odia. Pero, en cambio, se emociona con la mayor facilidad. El más sencillo espectáculo le sirve de punto de partida para toda una serie de consideraciones transcendentales, entre las que, hay que reconocerlo, de vez en cuando surge una observación graciosa, y hasta, en ocasiones, florece un chiste.

Esto no nos llama la atención. La fama del Sr. Palomero como cultivador del ingenio en su forma más popular es más que grande. Algunas de sus definiciones han merecido la inmortalidad. Otras, sin ser dignas de tan glorioso destino, revelan una fina espiritualidad. Por ejemplo: «La Higiene es el arte de molestar a la humanidad, ejercido por unos cuantos que están en el secreto.» Y téngase en cuenta, antes de juzgar esta definición, que viene al final de un artículo dedicado a comentar los consejos de un sabio, descubridor de que la ostra es conductora del microbio tífico. El Sr. Palomero, con muy buen acuerdo, prefiere no hacer caso de los consejos del sabio.

Diremos que los alardes de ingenio no se prodigan en el libro del señor Palomero. ¿Diremos también que ni uno solo de todos ellos llega a producir en nosotros la risa? Esta observación deja confuso nuestro ánimo. Si el humorismo del Sr. Palomero no excita en nosotros más que una leve sonrisa de aprobación o de agrado, ¿es realmente humorismo? Mucho tememos que el calificativo de humorista aplicado al Sr. Palomero adolezca de exageración. Y esto no es una censura. Negar una facultad no es obstáculo al reconocimiento de otra.

El Sr. Palomero no es un humorista en el verdadero sentido de la palabra. Para ello le sobra sentimentalismo y le falta imaginación. Todos los humoristas son grandes imaginativos. Basta para ello recordar a Thackeray o a Mark Twain. La gracia de los humoristas no suele estar en las palabras, sino en las situaciones o en los tipos. Y para crear los unos y encontrar las otras, lo primero que hace falta es imaginación. ¿La tiene el señor Palomero? A esta pregunta se puede responder sin riesgo, que, por lo menos, no la ha demostrado. Así, pues, a pesar de lo convenido por cuantos han hablado en los periódicos de «Mi bastón y otras cosas por el estilo», el Sr. Palomero no es un humorista.

Es, en cambio, un escritor ameno, gracioso, finamente sentimental, cuyas páginas se leen con el mayor agrado y sin cansancio alguno. Es un observador burlón a veces, tierno casi siempre. Y es, sobre todo, un resignado ante el espectáculo de la vida, con sus bellezas y sus fealdades, que de cuando en cuando siente necesidad imperiosa de cambiar de postura espiritual, y se indigna. Pero esto le sucede muy pocas veces.

FANTASIO

Noticias

Mañana lunes, a las nueve y media de la noche, en la Real Academia de Jurisprudencia, continuará la discusión de la Memoria del Sr. Montalván acerca del tema «El Homestead».

Ya ha sido repartido por el gobernador civil el donativo que le entregó el príncipe Kuni para los pobres de la corte.

Mientras tengas quien te dé café marca de LA ESTRELLA, pásarás, caro José, vida placentera y bella. MONTERA, 32, Teléfono 1.555.

ATENEO DE MADRID.— Mañana lunes, de seis a siete de la tarde, el señor D. Pedro González Blanco explicará en la Escuela de Estudios especiales sobre «Literatura contemporánea en el extranjero».

De siete a ocho, D. Tomás de Florrieta también explicará su cátedra acerca de «La vida política de los Estados modernos».

A las nueve y media de la noche tendrá lugar la cuarta y última conferencia-concierto que D. Eduardo López Chavarri explicará sobre «Los tres momentos en la expresión de la música».

El tema de esta conferencia será «La canción de cuna y el piano en los tres momentos de la expresión», contando para la ejecución de la parte de piano del esbozo programa que como ejemplos pondrá de manifiesto con el concurso de la señorita Lola Gracia, primer premio y medalla de oro del Conservatorio de Buenos Aires.

El té anunciado para anoche en Gobernación, con el que el Sr. La Cierva había de obsequiar a los diputados ministeriales, fué suspendido con motivo de celebrarse en Palacio el banquete en honor del gran duque Boris, al que asistieron los ministros.

Asegúrese que mañana se reunirá la minoría republicana del Congreso, convocada por el Sr. Azcarate.

Al final de la sesión de ayer del Congreso fueron aprobados los artículos 46 y 47 de la Administración local, siendo admitida la primera parte de una enmienda del Sr. Arias de Miranda, y suspendiéndose la discusión actual, seguido.

Nueva regente

BERLIN 28. El ministro de Estado de Luxemburgo ha confirmado ante la Cámara el nombramiento, por el gran duque Guillermo, de su esposa, la gran duquesa María Ana, como regente del gran ducado.

Este nombramiento le ha motivado el delicado estado de salud del gran duque. Haun.

EN EL FRONTEÓN CENTRAL

Contra el proyecto de Administración

Antes del acto.—Comienza el mitin. Escándalo.—Los discursos y adhesiones.

Esta mañana, a las diez, se ha verificado en el Frontón Central el anunciado mitin para protestar del proyecto de Administración local.

Desde las nueve comenzaron a entrar personas en el salón, y a las diez, hora que comenzó el acto, había en él unas 3.000 personas.

Asiste el delegado del gobernador, que es el comisario del Centro, Sr. Caro.

A la hora indicada, el presidente señor Niembro, declara abierto el acto, y toman asiento junto a él los Sres. Calzada, Llorente, Romero, Soriano, Santillán y varios más.

Al comenzar a hablar el Sr. Niembro, la Juventud Republicana forma un gran escándalo, tratando a la fuerza que hable su presidente, D. Andrés Pallarés.

Mientras tanto aparecen en las banderas de los palcos grandes carteles que dicen: «Viva Lerroux! ¡Fuera los socialistas! ¡Abajo los fariseos! ¡Nakens muere preso! ¡Viva Blasco!»

Restablecido el orden, un señor secretario lee un telegrama de los republicanos de Valladolid y otro del Sr. Costa. El de este dice lo siguiente:

«Yo quiero sufragio universal ni nada más que República. La obra que ha de hacerse sistemáticamente en todo principio en presupuestos, desde hace años, como equivalente auxiliar revolución. Este despacho llegará mutilado o alterado? Costa.»

A continuación se lee una carta del señor Menéndez Pallarés y otra de D. Luis Morote adhiriéndose al acto y protestando contra el referido proyecto.

Habiendo leído el presidente de la Juventud Republicana, quien dice que venía, aunque no como invitado a hablar, para decir las cosas claras al pueblo.

Dice que la Juventud Republicana está separada de la mayoría porque ésta con tribuye a la obra de Maura.

Combate energicamente la gestión de esta minoría, que no cumple con lo que el pueblo quiere. Diciendo que el jefe de la minoría, Sr. Azcarate, presentó la dimisión cuando iba a verificarse la obstrucción. ¡Qué es esto!, exclama.

La actitud de ayer en el Congreso por parte del Sr. Azcarate—dice—es un pastel.

Alude y defiende a los siete diputados republicanos que tenazmente persisten en su actitud.

Se halla bastantes aplausos a los diputados que hay en la mesa.

Combate la acción del Sr. Morote, y como se oyen algunas interrupciones, dice que él puede juzgar los actos públicos de un diputado elegido por el pueblo, y sigue combatiendo su gestión.

Dice que la minoría republicana tiene en la cárcel a Nakens y expulsó de España a Lerroux, ese caudillo de la República.

El orador dice que la minoría republicana se unió a la solidaridad, a esa solidaridad que, engañando la opinión, combatía siempre el proyecto de Administración local, y en el Parlamento, que es donde debía hacerse, se dejó a la deriva.

El Sr. Pallarés, que al final es aplaudidísimo, termina dando un viva a Lerroux.

El Sr. Llorente, después de afezar la conducta observada por la Juventud Republicana, dice que cuando el pueblo no está conforme con la actitud de un diputado se le retira la confianza y no se combate en la forma que hoy se ha hecho.

Mientras habla el Sr. Llorente no cesan las interrupciones.

Continúa diciendo que ellos seguirán combatiendo dicho proyecto y defendiendo tenazmente el sufragio universal, y en general oponiéndose a todo lo proyectado por los Gobiernos, que casi siempre son fracasos.

Termina su discurso en medio de infinitas interrupciones, que interrumpen del grupo de la Juventud Republicana. (Grandes aplausos oye al final).

Al levantarse el Sr. Santillán, es saludado con una salva de aplausos.

Califica la actitud de la minoría de partido de los montes, o de pastel, según ha dicho al Sr. Pallarés.

Dice que hay que combatir a todos, tanto al Gobierno clerical y reaccionario que preside al Sr. Maura, como a los que se opongan a los actos de éste.

El Sr. Santillán reseña la obra llevada a cabo en el Ayuntamiento por él y sus compañeros de minoría, secundando la acción de otros Municipios que combaten esta ley porque es de muerte para España.

Dice que los concejales republicanos de Madrid llamarán a los concejales republicanos del resto de España para combatir este proyecto del Sr. Maura.

Dirigiéndose a los republicanos que hay en el salón, dice que si ellos siguen la marcha que el pueblo les marca, éste estará siempre a su lado.

Combate la actitud del Sr. Azcarate y de los demás diputados. Recuerda las frases pronunciadas por el ilustre Costa en un mitin que se celebró en este mismo local, el cual dijo que había que fomentar el odio santo a los reaccionarios.

Dice que para combatir al clericalismo hay que unirse a los clericales.

La Juventud republicana no cesa de formar escándalos, y a las voces de «fuera», abandonan su sitio.

En total, eran seis.

Dedicó un recuerdo, nada cariñoso, por cierto, al Sr. La Cierva, quien dice que allí en su juventud fué republicano.

Termina diciendo que seguirá siempre combatiendo la obra del Gobierno. (Grandes aplausos.)

El Sr. Soriano, al levantarse a hablar, es objeto de una delirante ovación.

El Sr. Soriano, en tono jocoso, les recomienda que dejen hablar, pero no estropear su voz, que ha de utilizar mañana para echar del monte a los carlistas.

Dice que vienen a devolverle la frase al Sr. Maura, o sea dar la cara de asustado.

Añade que hay que dar y pedir cuenta de todos los actos y proclamar la verdadera unión para hacer la revolución, y en vez de hacer interrupciones ir a la puerta del Congreso a esperar a los diputados.

Se oyen bastantes aplausos y se forma un monumental escándalo, promovido por la Juventud Republicana, que ha vuelto a su sitio.

El escándalo dura un gran rato, durante el cual el Sr. Soriano se empeña en vano de dejarse oír.

Por fin lo consigue, y dice que todos los días, con la minoría y frente a la minoría, seguirán en la obstrucción.

Termina dando un viva a la verdadera unión de los verdaderos republicanos y otro a la obstrucción parlamentaria. (Grandes aplausos.)

El Sr. Calzada es también saludado con una cariñosa ovación al levantarse.

Lee una carta de D. Benito Pérez Galdós, que es objeto en todos sus párrafos de grandes aplausos.

La carta dice así: «Sr. D. Rafael Calzada. Mi querido amigo y compañero: Mi mala salud me priva de asistir al mitin de hoy, pero me considero presente si usted se digna expresar mi conformidad con la generosa idea que ha promovido esa reunión, mi conformidad con el programa que caracteriza a este partido, su amor a la patria, su ardiente devoción de los principios democráticos, han robustecido esta aspiración, dándole vida, sangre y el vigoroso ardor de las ideas, que resueltamente quieren llegar a su fin y precedidas de un querer interno; no pueden quejarse a mitad del camino».

Se halla España hoy en una de las más graves crisis de su borrasca existencia, estancada en su progreso, contenida en sus ansias de vida intelectual, por frenos y ligaduras que sigilosamente se le imponen con labor hipocrita y cachazuda.

La tendencia regresiva, favorecida por espíritus débiles, gana terreno cada día, y va plantando sus jalones, que difícilmente se podrán arrancar de la tierra dura. Se trata de cerrar todos los horizontes por donde vemos clararse el resplandor de un porvenir bello y glorioso.

Deber nuestro es renegar de esa forzada paralización o retracción, romper las finérricas pantallas y desgarrar las negruras con que se pretende obstruir nuestros caminos y desviar nuestros pasos.

En ese proyecto de ley que combatió se contienen algunos de los artificios inventados para extinguir el ideal democrático y hacer imposibles las libertades conquistadas con el pensamiento, la sangre y el alma toda de las generaciones precedentes. Procuramos anular esos artificios. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz, casi invencible, levantará contra nosotros castillos inexpugnables. Para ser fuertes, no esperemos a que la reacción se fortifique. Si no inutilizamos la obra enemiga en sus primeras líneas constructivas, llegaríamos a la imposibilidad de contrarrestar luego sus efectos. Si le dejamos avanzar en su labor honda, tenaz,

y los servicios sanitarios

4 Más claro: la autonomía municipal hay que merecerla; pues no debe ser dádiva que se otorgue al favorito, sino premio que se conceda al que en las lides de

LOS MEDICAMENTOS NUEVOS

la misión que le está encomendada, se impone que por los Poderes públicos se dicten y «hagan cumplir» disposiciones bien precisas en el sentido que propone en su

CARTAS POR EL INTERIOR

Específicos y panaceas

Específicos y panaceas

Angel BELLOGIN

LA POSTA: N. 7. TORINO

LA RECETA Y EL ESPECIFICO

de un cultivo a los glóbulos de la gota de sangre, y, nuevos Job, desmenuzan la enmarañada madeja de un ganglio, renuncian casi a conocer y a transcribir las combinaciones de dosis de esos cientos de sustancias más o menos curativas, cuyo recuerdo agobia. Para algunos, los menos, cabría invocar como causa del desafuero a esa fiebre del modernismo que nos devora, lo vuelve todo del revés

DR. VICENTE PESET

—◆◆◆—

Los poderes públicos, á su vez, abonando esa misma desconsideración social, prestando á sabiendas de la idoneidad del farmacéutico y posponiéndole á entidades de muy relativas aptitudes para el desempeño de determinados cargos técnicos y ahora que parecía como que se rectificaban tantas y tales pretericiones es injusticia; esos poderes públicos hacen la honrada de concederle el derecho de formar

Daniel RODRIGUEZ

Solosancho.

CAJA DE SOCORRO

CASA DE SOCORRO

que por generación lógica de los hechos, ó dependencia natural de los mismos, por lo que sea, vino un suceso de fuerza mayor, la colegiación obligatoria, á oponer, cuando más esperanzados estábamos, una barrera insuperable á aquel consolador movimiento, como vino después la Instrucción de Sanidad á matar la colegiación obligatoria, y como por consecuencia ahora la ley de Administración local á rechazar también el edificio entero de la Instrucción. Fenómenos de estos que tienen una causa natural; á saber, las nubes, tormentas y tempestades, que, como las de la atmósfera se forman ó se fragan, descargando después sobre nosotros, en las altas regiones del medio social en que vivimos; y que como aquel de la disolución de los Coligios farmacéuticos, deberán también ser rememorado. ¿Que cuál? Pues muy sencillo, el de las Indemnidades que destruyen un edificio, á las indemnidades que cubren aguas; á las indemnidades que ya si podemos—de la acción de esas indemnidades sociales, para que no destruyan lo que ya hayamos edificado, y en respetuosos con todos y con todo, firmos en absoluto más que de nosotros mismos.

Jacinto BARANGUAN

CIFRAS ELOCUENTE

No es extraño, por otra parte, que suceda, porque la orientación hacia to-
las decadencias se engendra precisam-
te en las cimas de la gobernación del
tado.

